

BENDITO SEA SU NOMBRE QUE LEVANTA LA PERSECUCIÓN DEL MUNDO:

ENCARNACIÓN II [101]

Meditación – 2025

Vamos a meditar una de las consecuencias de que Cristo se haya hecho hombre. Y está inspirado esta meditación en las Letanías del Santísimo Nombre de Jesús:

«Bendito sea su nombre de Mesías. Bendito sea su nombre de enviado. Bendito sea su nombre de Hijo del Hombre (...). Y una de esas letanías dice «Bendito sea su nombre, que levanta la persecución del mundo».

Lo que vamos a meditar es justamente esta particular consecuencia del hecho de la Encarnación, que es que al venir el Verbo de Dios a este mundo, inmediatamente se desata esa oleada de persecución al mismo Cristo y a todos los que son de Cristo, según aquello del libro del Apocalipsis:

«El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto naciera».
(Ap 12,4)

«Cuando el Dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la Mujer que había dado a luz al Hijo varón. Pero le dieron a la Mujer las dos alas del águila grande para volar al desierto... Entonces, despechado contra la Mujer, se fue a luchar contra el resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y se mantienen firmes en el testimonio de Jesús».
(Ap 12,13-14.17)

Es una realidad de nuestra fe que no nos tiene que espantar el hecho de que vamos a sufrir persecución, sino que, al contrario, tenemos que asumir con valentía, sabiendo que el Señor ya ha vencido y nos dará las fuerzas para resistir y santificarnos en medio de las dificultades que, no olvidemos, Dios las permite justamente para eso, para hacer de nosotros grandes santos. Tenemos que estar a la altura, como los mártires de todos los siglos.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Se trata, en definitiva, de pedir la gracia de no distraernos, la gracia de rezar bien.

Composición de lugar:

En este caso voy a utilizar la imagen de la escena del Evangelio de la huida a Egipto y la matanza de los santos Inocentes.

¹³ «Cuando ellos se fueron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Prepárate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.” ¹⁴ Él se preparó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto. ¹⁵ Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo. ¹⁶ Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y mandó matar todos los niños de Belén y de toda su comarca, menores de dos años, según el tiempo que había precisado por los magos». (Mt 2,13-16)

Esta escena tremenda del Evangelio [muestra] cómo la presencia de nuestro Señor Jesucristo desata la ira del rey Herodes, y esa ira se desencadena no sólo contra Jesucristo, que tiene que huir a Egipto, sino también contra los santos inocentes, es decir, contra otras personas que no son Cristo mismo, pero que son parte del Cuerpo de Cristo, del Cuerpo Místico que es la Iglesia. Para que nosotros podamos entender, fijándonos un poco en esa escena, cómo así como Cristo fue perseguido, también nosotros habremos de ser perseguidos por llevar en nuestras frentes el nombre de cristianos.

Petición:

[104] Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

Aquí vamos a pedir, como parte de ese conocimiento interno de Cristo, la gracia de entender y aceptar la persecución y las contrariedades de la vida en general, porque la persecución también se trata de las contrariedades de la vida, las dificultades que son parte de nuestro seguimiento de Cristo Verbo encarnado. Aceptarlo, entenderlo y saber que de eso se trata, en definitiva, nuestra vida cristiana.

PUNTOS

Yo les propongo tres puntos para meditar. El primer punto se trata simplemente de algunos textos de la Sagrada Escritura, porque es impresionante como Cristo ha sido clarísimo respecto a este punto, que los que pertenezcan a Él, al Verbo hecho carne, los que pertenezcan a Jesucristo, hemos de sufrir persecución.

1- TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

Y así, por ejemplo, yo voy a citar cuatro textos del Evangelio.

- «Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros». (Mt 5,11-12)

- «Pero, antes de todo esto, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre... Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados de todos por causa de mi nombre... Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras vidas». (Lc 21,12.16.19)

- «Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero el mundo os odia porque no sois del mundo, pues yo, al elegirlos, os he sacado del mundo. Acordaos de lo que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros». (Jn 15,18-20)

Por eso, qué importante es que nosotros meditemos estas palabras de la Sagrada Escritura, porque el meditarlas nos hace entender que es ésa la voluntad de Dios. La Palabra de Dios es lo que el Señor ha querido para nosotros. Entonces, si el Señor lo ha dejado por escrito, quiere decir que es una verdad fuerte de nuestra fe el hecho de que así como lo han perseguido a Él, también nosotros debemos pasar por la persecución.

Por eso les recomiendo detenerse en esos textos como primer punto y detenerse en Cristo, diciendo estas palabras, predicándole a los apóstoles, predicándole a las multitudes que lo escucharían y poniéndoles esto como un plan de vida, no solamente como algo que azarosamente puede ocurrir, sino como un plan de vida: la vida cristiana incluye la persecución.

En segundo lugar, quería profundizar un poco acerca de los motivos que les podemos llamar motivos teológicos de la persecución. Motivos teológicos, es decir, a la luz de la historia de la salvación.

2- MOTIVOS TEOLÓGICOS DE LA PERSECUCIÓN

¿Por qué sucede la persecución? ¿Qué es lo que Dios quiere cuando permite la persecución?

Ante el hecho de la persecución de los buenos, siempre surge espontáneamente la pregunta de ¿por qué sucede esto? Si los buenos justamente intentan hacer la voluntad de Dios, ¿por qué sufren persecución? Y las causas más inmediatas que encontramos son, por ejemplo, el odio y la maldad de los hombres o la instigación del diablo contra los buenos, o la hostilidad que otras religiones pueden tener contra la verdadera religión, etcétera, etcétera.

Pero tenemos que ser más profundos en nuestro análisis y ver que en realidad todo eso tiene como causa primerísima la misma voluntad de Dios que busca el mayor bien de los que lo aman, y que sabe -por tanto- que la persecución **es una fuente de bienes inmensos para aquellos que deben salvarse**. De modo que al indagar en las causas de la persecución, no tenemos que detenernos tanto en la mano humana que la efectúa, sino ir más allá y mirar la mano divina que la provee para nuestro bien. De lo contrario, no obtendremos de ella los beneficios que Dios quiere que obtengamos. Éso es lo que tenemos que meditar: la Providencia Divina que ha previsto estas circunstancias tan adversas para mi salvación y para mi santificación.

El Padre Royo Marín, en su libro *Teología de la perfección Cristiana* trae una valiosísima distinción que nos va a ayudar mucho a alcanzar el punto central que tenemos que meditar

aquí. Y es acerca del modo de proceder de Dios cuando realiza algunas obras o cuando permite que otros realicen algunas obras que recaen sobre nuestra vida.

Él dice que Dios obra de varias maneras. La primera es haciendo algo directamente por sí mismo.

«1.º Haciendo algo **directamente** y por sí mismo: *Operación*'. Dios siempre quiere positivamente lo que hace por sí mismo, porque siempre se refiere al bien y siempre está ordenado a su mayor gloria. A este capítulo pertenecen todos los acontecimientos individuales, familiares y sociales, que han sido dispuestos por Dios mismo y no dependen de la voluntad de los hombres. Unas veces esos acontecimientos son dulces, y nos llenan de alegría; otras son amargos, y pueden sumirnos en la mayor tristeza, si no vemos en ellos la mano amorosísima de Dios que ha dispuesto aquello para su gloria y nuestro mayor bien. Ante estos acontecimientos que nos vienen directamente de la mano de Dios, sin intervención alguna de los hombres (v. gr., accidentes imprevistos, enfermedades incurables, muerte de familiares o amigos, etc.), sólo cabe una actitud cristiana: *fiat voluntas tua* (hágase tu voluntad)».

Ante todos estos acontecimientos, que no sabemos por qué Dios lo permitió o por qué los quiso positivamente, la actitud cristiana es resignarse a la voluntad de Dios, porque ya no hay nada que hacer; Dios ya así dispuso que yo me enferme, que yo sufra este accidente, que mi hijo, mi hija, mis padres padecieran la muerte. Entonces, cristianamente, tenemos que nosotros resignarnos y abrazar esa voluntad de Dios.

Pero esas son cosas que las realiza Dios directamente, sin que intervenga ningún hombre.

Luego hay otro tipo de de operaciones en las cuales intervienen los hombres, de manera que Dios actúa indirectamente. Es decir, no impidiendo que otros hagan tal o cual cosa. Dios no lo impide. Es lo que se llama "permisión". Dios permite la obra de algunas personas.

«2.º **Indirectamente**, o sea, no impidiendo que otros lo hagan: *Permisión*'. Dios nunca quiere positivamente lo que permite, porque se refiere a un mal, y Dios no puede querer el mal. Pero su infinita bondad y sabiduría sabe convertir en mayor bien el mismo mal que permite, y por esto precisamente lo permite. El mayor mal y el más grave desorden que se ha cometido jamás fue la crucifixión de Jesucristo, y Dios supo ordenarla al mayor bien que ha recibido jamás la humanidad pecadora: su propia redención.

¡Qué mirada tan corta y qué funesta miopía la nuestra cuando en los males que Dios permite que vengan sobre nosotros nos detenemos en las causas segundas o inmediatas que los han producido y no levantamos los ojos al cielo para adorar los designios de Dios, que las permite para nuestro mayor bien! Burlas, persecuciones, calumnias, injusticias, atropellos, etc., etc., de que somos víctimas son, ciertamente, pecados ajenos, que Dios no puede querer en sí mismos, pero los permite para nuestro mayor bien. ¿Cuándo sabremos remontarnos por encima de las causas segundas para ver en todo ello la providencia amorosa de Dios, que nos pide no la venganza o el desquite, sino el amor y la gratitud por ese beneficio que nos hace? En la injusticia de los hombres hemos de ver la justicia de Dios, que castiga nuestros pecados, y hasta su misericordia, que nos los hace expiar»¹.

¹ ROYO MARÍN A., *Teología de la perfección cristiana*, BAC, 772-773.

Interesantísimo porque cuando alguien hace una injuria contra nosotros, cualquiera sea, inmediatamente nos enojamos con esa persona y no podemos trascender con nuestra mirada para darnos cuenta que es Dios el que está permitiendo, porque en este mundo todo sucede porque Dios lo quiso o porque por lo menos Dios lo permitió.

Y eso es lo que tenemos que ser capaces de ver, de modo que podamos perdonar al que nos persigue, podamos incluso amarlo, porque este tipo de cosas sucede -como acaba de decir el padre Royo Marín- como castigo de nuestros pecados. De modo que es una manera de nosotros darnos cuenta que nuestros pecados tienen su también su castigo.

Pero en segundo lugar, para expiar nuestros pecados, es decir, en esa misma persecución, en esa misma injuria, en esa misma dificultad que otra persona pone en nuestro camino, Dios nos da la oportunidad para pagar por nuestros pecados, y así redimirnos, y así salvarnos e incluso salvar también a otros.

Eso es lo que tenemos que meditar en este segundo punto. Quedarnos en eso. Cuando nos toque sufrir persecución o cualquier tipo de cosa en la vida por manos de otros hombres, tengo que recordar que es Dios. En definitiva es Dios Padre, siempre bueno que está permitiendo eso para un bien enorme para mí y para tantos otros que se beneficiarán de mi sacrificio.

3- NUESTRA ACTITUD COMO MIEMBROS DEL CUERPO DE CRISTO, VERBO ENCARNADO

Todo se resume en abandonarse a la voluntad de Dios con amorosa aceptación... Allí está el trabajo más arduo. Porque el sólo hecho de sufrir persecución no nos santifica de por sí, sino tan sólo el sufrir la persecución con caridad y grandeza de alma.

Alfonso Rodríguez, aquel gran predicador jesuita, nos da estos valiosísimos consejos al respecto, que mucho nos servirán en esta meditación:

«No habéis de tomar ninguna cosa como venida acaso, o por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja: no penséis que os vino esto o aquello porque el otro lo meneó [lo causó], y que si no fuera por tal o cual cosa, de otra manera hubiera sucedido. No habéis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier vía y por cualquier rodeo que vengan; porque Él es el que las envía por esos medios...»

«Dice muy bien Doroteo, en la doctrina séptima, reprendiendo esto y a los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: “Hay algunos que cuando otro dice alguna palabra contra ellos o les hace algún otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando a los perros que muerden la piedra y no miran ni tienen en cuenta con la mano que la tiró”².

«Una de las mayores riquezas y tesoros de que gozamos los que tenemos fe, es la providencia tan particular y tan paternal que Dios tiene de nosotros, que estamos ciertos que **no nos puede venir ni acontecer cosa alguna que no venga colada y registrada por las manos de Dios.**

² ALFONSO RODRÍGUEZ, SJ., *Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios*, Barcelona, 1830, pp. 19.

Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede entrar ninguna cosa sino por ella; y así no hay qué temer, porque no dejará él entrar ni pasar a nosotros cosa alguna, sino es para mayor bien y provecho nuestro. (...) Hácenos Dios niñas de sus ojos, “*Guárdame como a las niñas de tus ojos*” (Sal 16,3). Como las niñas de los ojos, así estamos guardados debajo de su amparo y protección; y quien tocara a vosotros -dice Dios- me toca a mí en la lumbre de los ojos. No se puede imaginar cosa más rica, ni más preciosa, ni más para estimar y desear que ésta³.

En definitiva, cuando nos toquen estos males, la persecución, u otros males cualesquiera, debemos mirar a Dios nuestro Padre porque es Él el que se ha inclinado hacia nosotros para pedirnos y suplicarnos este sufrimiento para el bien de todo su Cuerpo Místico que es la Iglesia. No nos olvidemos que hay tantos que necesitan de nuestras cruces y sufrimientos, y no nos olvidemos tampoco que nosotros tenemos fe y hemos perseverado hasta hoy muy probablemente gracias a los méritos y sufrimientos de muchos otros que nos precedieron o que viven aún entre nosotros. Es la economía de la salvación, que se sirve de los sufrimientos de unos para fortalecer a otros.

No lo olvidemos: es el Señor el que permite todas estas cosas y suplica amoroso nuestra colaboración. Como lo dice hermosamente en verso también el padre Alonso Rodríguez (son palabras que pone en la boca de Cristo que nos habla desde la cruz):

«Súfreme pues te sufrí,
y advierte que cuanto viene,
es lo que más te conviene,
pues todo nace de mí.
El amor me puso así,
tu ingratitud me clavó,
nadie cual yo padeció;
y pues todo es por tu bien,
bebe esa gota por quien
un cáliz por ti bebió»⁴.

Conclusión

La persecución es parte de nuestra vida cristiana. “Jesús” es el nombre que levanta la persecución del mundo, y es también “el nombre inscrito sobre nuestras frentes”, como dice otra de esas mismas letanías. Cuando fuimos bautizados el sacerdote trazó la señal de la cruz en nuestra frente, y después nos marcó también en nuestra frente con el óleo sagrado. Hemos sido bautizados en el nombre de Cristo.

³ ROYO MARÍN A., *Teología de la perfección cristiana*, BAC, nro. 495.

⁴ ALFONSO RODRÍGUEZ, SJ., *Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios*, Barcelona, 1830, pp. V.

Nuestro Señor la sufrió [la persecución], la sufrieron los Apóstoles y todos los cristianos a lo largo de los siglos. También nosotros debemos estar preparados para estar a la altura.

Uno a veces se olvida que los santos pasaron por esto. Uno piensa que fueron santos solo por sus grandes virtudes o por sus fenómenos místicos o sus hechos extraordinarios. ¡No! Tenemos que recordar que la santidad se labra sobre todo a fuerza de abrazar la cruz y la persecución es parte de esa cruz.

- Muchos santos sufrieron injustamente la cárcel: San Juan de la Cruz, preso nueve meses; San Juan de Avila, San Luis María Grignón de Montfort; San José de Cupertino estuvo 13 años preso.

- Muchos debieron soportar calumnias, injurias y violencia. A Santa Teresa de Jesús la llamaron “fémina inquieta y andariega, desobediente y contumaz”; San José de Calansanz tuvo que hacer penitencia pública por cosas que no hizo; Don Bosco tuvo que pedir perdón por cosas que no había hecho, etc.

- En el siglo XX: se estima que los mártires cristianos suman 45.500.000 ¡en un siglo! A un término medio de 1250 mártires al día, o sea de 52 mártires cada hora, y de un mártir cada minuto.

Es decir, la persecución es una cosa sumamente presente en nuestros días y tenemos en cuenta tan solo el siglo que pasó. Pero eso es algo que sigue. Por eso nosotros tenemos que preparar nuestro corazón, sobre todo aceptándolo de antemano para que cuando venga podamos decir “Gracias, Señor, ésto es lo que estaba esperando, esto es lo que yo necesitaba para santificarme. Gracias, porque estás completando en mí lo que le faltaba a tu pasión”.

El Señor probablemente no nos pida tanto... En general nos pide mucho menos. ¿Seremos tan ingratos de negarle nuestra paciencia en las tribulaciones y persecuciones? No olvidemos que una cosa es sufrir persecución, y otra cosa sufrirla bien, con paciencia y con caridad cristianas. Es para eso para lo cual debemos preparar nuestro corazón.

Recordemos aquellas palabras de San Pablo a los Corintios, llenas de fuerza y de poesía a la vez:

«Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida». (2 Co 4,8-12)

Se trata, en definitiva, de morir para dar vida a otros: *«la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida»*.

Se trata, en definitiva, de morir para dar vida a otros y al Cuerpo místico que es la Iglesia. «La muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida». Nos puede tocar morir para que otros tengan vida ahora o en el futuro. Pero antes a otros les tocó morir y sufrir persecución para que nosotros hoy tengamos vida y tengamos fe.

Coloquio:

[109] «hase de hacer un coloquio, pensando lo que debo hablar a las tres Personas divinas, o al Verbo eterno encarnado o a la Madre y señora nuestra, pidiendo según que en sí sintiere, para más seguir e imitar al señor nuestro, así nuevamente encarnado, diciendo un Pater noster».

Bien, de modo que en el coloquio podamos pedir según lo que cada uno en sí sintiera, como nos dice San Ignacio. Es decir, si yo veo que me cuesta aceptar esto de la persecución del sufrimiento, bueno, desde ya pedir al Señor que me fortalezca, que me conceda sabiduría y paciencia en esos momentos, de manera que con nuestra muerte podamos dar vida al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia.

Que la Virgen María nos conceda todos esta gracia. En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.